

## LECTURA DE *EL SÓTANO* DE THOMAS BERNHARD DESDE LA ANTROPOLOGÍA

### READING THOMAS BERNHARD'S *THE BASEMENT* FROM ANTHROPOLOGY

**Antonio EZPELETA PÉREZ**

I. N. S. Salvador Dalí  
El Prat de Llobregat (Barcelona)

**Resumen:** Este artículo propone una lectura de la autobiografía de Thomas Bernhard, en particular de su segundo volumen, *El sótano*. Desde una perspectiva antropológica se estudia la exposición de su trayectoria vital, que culmina en su deseo de apartarse de una sociedad a la que critica ferozmente.

**Palabras clave:** Thomas Bernhard, *El sótano*, antropología.

**Abstract:** This paper proposes a reading of the autobiography of Thomas Bernhard, in particular of his second volume, *The Basement*. From an anthropological perspective, it studies the exposition of his life trajectory, which culminates in his desire to separate himself from a society that he fiercely criticizes.

**Keywords:** Thomas Bernhard, *The Basement*, anthropology.

*Fuimos a escucharte, Túa, y regresamos mejores.*

La autobiografía de Thomas Bernhard consta de cinco libros y en ellos comenta, recuerda, medita y critica las experiencias que le llevaron desde el origen hasta el presente de la escritura. Leemos en particular *El sótano* no tanto para ver una imitación del mundo, sino una creación estética, eso sí, imbricada en un contexto socio-cultural y simbólico, aplicando una lupa antropológica hasta donde se deje.

Para Vila-Matas, Bernhard ha creado un “vals ridículo, disparatado y oscuro”, pero también “hermoso, en su canto abnegado” (Vila-Matas, 2018: 420), muy en sintonía con la cita que el autor pone al comienzo firmada por Montaigne y que habla de la falta de rumbo y de objeto.

Trataremos de seguir e interpretar sus explicaciones acerca de su evolución vital, sus encuentros con los demás y cómo plasma y transforma lo vivido en deseos y contradicciones, hasta ver en esa constante paradoja la verdad de una falsificación autobiográfica<sup>1</sup>.

El asunto o tema central de *El sótano* es la iniciación o aprendizaje en forma de lucha entre un yo y los demás, todo el mundo casi, incluido en ocasiones él mismo. Esa conciencia que habla pretende una idea de progreso, polisémico término por excelencia, y su confianza en ello se basa en que “se impone sobre el individuo con la fuerza de un destino” (Subirats, 1979: 159), ayudándole así a oponerse a las fuerzas social, cultural y familiar. El origen en sí es la ciudad de Salzburgo, “en realidad una enfermedad mortal” (*El sótano*, p. 16) y en la urbe lo natural y lo humano se han envilecido, así que el narrador se nos presenta “destruido y aniquilado” (*El sótano*, p. 82). El proceso de individuación y lo relativo a su entrada en la sociedad es reducido enseguida a alienación y a degeneración vital.

Distingue entre procreación y educación, aunque considera que la infancia es destrucción, al no ser educados y la cadena del ser se multiplica, junto a la culpa, porque nadie ha sido ilustrado. Para el narrador, la vida está manchada por un pecado original que contiene la aceptación absoluta por parte del individuo de su esclavitud respecto del grupo. Las impurezas, frente a la luz que limpia e ilustra, se pegan a él desde lo físico, la vida o muerte cultural, el miedo a los demás, trasladando lo material a lo simbólico, como analiza Mary Douglas en *Pureza y peligro*. La subjetividad del yo se opone a toda realización objetiva, y por tanto social, de una identidad. Así, las impurezas le impiden la construcción de un ser social, y pasa a encarnarse en un marginal que resiste desde dentro, en su pureza, los peligros del exterior.

No puede bajar a los infiernos al salir repelido de la burguesía, no desea integrarse en el lumpen. Se instala en un espacio metafórico, indefinido, en el que reparte juicios cualitativos distintos. Encuentra en la escuela comercial un intermedio, una tierra de nadie en donde se atreve a existir, un

---

<sup>1</sup> Para José María Guelbenzu escritores como el que nos ocupa o Elfriede Jelinek son “escritores-pitbull”; quiere usted que le hable de la vida, “pues aquí la tiene usted, pero agárrese fuerte porque la vida es dura incluso para la gente que puede comprarse libros” (Guelbenzu, 2005: 7). Otras autobiografías que llaman a una lectura etnológica son *El pan desnudo* de M. Chukri o *Verano* de J. M. Coetzee.

margen o rito de paso en el que resista la funesta influencia de la comunidad: desde el sótano ha comprobado que “la sociedad solo encuentra su diversión en la deformidad de uno y lo lleva a la perdición” (*El sótano*, p. 125). El disimulo lo salva, se hace invisible y el eje verdad-falsificación es un motivo central en el que oculta la explicación de causas referidas a cambios de clase social o de posibles soluciones para el común de los desarraigados.

El resto de elementos de estudio de la antropología clásica, en la conformación de los individuos frente a la estructura múltiple de la realidad comunitaria, tampoco sirven a esta conciencia problemática: la familia es fuente de dolor y falsificaba su verdad para protegerse. El tutor es un mero aportador de dinero, su madre muere en el tercer volumen y solo el abuelo parece guía de su futuro.

El eje de lo implícito-explícito se hace problemático, pues al lector se le ocultan razones poderosas a las que está acostumbrado en otras narraciones más miméticas. El yo ficticio se guarda esas cartas clave, “yo mismo debo negarme ese recuerdo por escrito y no puede ser descrito en absoluto” (*El sótano*, p. 82).

La maraña de oposiciones es enorme y todas se subsumen finalmente en una demostración de que la novela no es mediadora ante el mundo ni ante sus lectores. La escuela opuesta al trabajo traduce la antítesis de ser otro o ser yo. Ser útil es ser nada y, en cambio, la inexistencia del porvenir reglado le abre paso a un futuro posible. Su concepto de “persona” es aquel en el que no desea nada, carece de destino fijado y acaba en el vacío. Veamos esto último a la luz de la etnología.

Para Marc Augé, las experiencias de la pluralidad, la alteridad y la identidad son claves en la construcción de los humanos en sociedad, “a la foix distinctes et indisociables” (Augé, 1994: 83). La tensión del yo entre sí mismo y otro se relaciona más adelante con el mitema etnológico del *limen* en el hilo que vertebra novela y un yo que dice yo, y en esto último poco más podemos decir.

Es una sorpresa ver al narrador optimista, al confesar que ha conseguido crear otro modo de vida, siempre el contrario que recoge en los binomios masa-individuo, ser persona-no serlo, inutilidad-ser útil, estar-no estar, instituto-escuela comercial, familia-sótano, centro-periferia... El rechazo al camino señalado le proporciona identidad y forja un “langage d’identité” propio y que no depende de nadie, afirma. Asume la mancha hereditaria familiar y la de su ciudad, y construye otro ser. En ese momento ya no es el de antes y tampoco es del todo diferente, pues viven aún juntos ambos en él. En ese sótano está gestándose otro, siempre en dirección opuesta.

La alteridad que busca es interior, necesita huir. Fuera ya de la coacción familiar, se marcha durante tres años, en plena adolescencia, para vivir en las afueras. No toma otra dirección, sino la opuesta y afirma: “no he seguido un camino, no he estado quieto tampoco”. En esa paradoja reside la iniciación personal y social, al mantener equilibrio entre quietud y movimiento con “un pensamiento en actitud de espera” (*El sótano*, p. 31). Rechaza tanto el centro de Salzburgo como el lumpen, tan solo va hacia sí mismo. Es su purgatorio personal, un lugar de espera, sin vivirlo ni aceptarlo pues, en paradoja constante, para él es “antesala del infierno” (*El sótano*, p. 36). Parece resuelta la crisis con este rito de paso, esto es, un intermedio en su vida y una ruptura controlada de las relaciones sociales, una transición que vemos en el siguiente volumen, *El aliento*. Al no separarse del todo y no integrarse

en el lumpen, su estado parece cumplir el llamado “rito de margen” (Van Gennep, 1986: 20), periodo liminar en el que olvida su pasado y en el que se aparta también de la figura de su abuelo, quien había sido todo para él (*El sótano*, p. 62).

Rechaza lo que llama “el mundo normal” (*El sótano*, p. 63) y ha interiorizado su rechazo ya que se sabe diferente y el sótano lleva en sí el predicado de una separación. Ahogado en el “centro”, acude a respirar una parte del día a un “gueto criminal [...] entre desechos humanos” (*El sótano*, pp. 32-33). En ese umbral o limen es ya un personaje ambiguo: sin atributos, sin pasado ni futuro, su vida se detiene allí, en el sumidero de la sociedad. Su identidad es invisible, queda vaciada para recuperar un origen, el propio de la persona liminar según Turner: “la invisibilidad estructural tiene un doble carácter: ya no están clasificados y, al mismo tiempo, *todavía* no están clasificados” (Turner, 1988: 106).

Para alcanzar su pureza busca descontaminarse en los escombros porque lo impuro habita en el centro de la ciudad. Seguimos a Spariosu para afirmar que no surgen en su vida “new models” que haya aprendido en esos lugares liminares, porque una radical separación entre el yo y los otros le impide incorporarse a una “stable position in the community” (Spariosu, 1992: 172). De esta manera, su evolución es más interior que social, sus casillas de salvación son ahora el arte, la música y el violín, que conforman un mundo liminar, “intacto, un mundo de purificación” (*El sótano*, p. 124).

En sus posibles elecciones o caminos vitales, trata de evitar la cosificación y la alienación. Lo “artificial”, concepto inventado por él para enfrentarlo a su deseo de lo mejor, lo “natural”, ganará siempre y considera perdida la lucha. En *El aliento* el narrador confiesa que “no había querido ser nada, solo ser siempre yo” (*El aliento*, p. 138).

Bernhard quiso convertirse en aguafiestas, vengarse de su origen como un pecado inscrito: “escribir es una molestia para Salzburgo” (*El sótano*, p. 37). Rechazar su origen, perderse en la escritura y lanzarla cual pedrada contra aquel, “como única posibilidad de hacerle frente” (*El sótano*, p. 128). Así parece que edifica el narrador una vida mitificada, desde el futuro, que se vertebra en la oposición de un niño frente al gigante de una ciudad, de la sociedad toda, de la vida.

Como en Beckett y en otros trágicos, el humor y la ironía en Bernhard asoman al empeñarse en mostrar solo lo ominoso, sin ningún momento agradable que contar al lector. Como un Buster Keaton dando tumbos por un camino lleno de piedras. Y aquí, como pocas veces, una visión etnológica se hace poesía.

Al final de *El sótano* aparece un concepto de gran importancia: la equivalencia o equipolencia, según el cual lo que vivió, vive y vivirá son una misma masa indistinta. No privilegia hecho alguno, aunque irónicamente deja bien marcadas las claves negativas que han jalonado su vida desde esos núcleos antropológicos arriba señalados. Todo carece de sentido en esa “farsa de la desesperación”, en palabras de Javier Marías (1996: 9). Nacer es el crimen original, entrar en escena, saludar y despedirse según ese esquema simbólico tan querido y repetido en distintas culturas como visión de la vida. Pero en Bernhard, ¿es cuestión de estilo, perspectiva o sentimiento íntimo vital?

La religión y el rescoldo nazi forman parte de ese escenario, al modelar su individuación y, antes de ser manchado, se repliega, niega el origen y prefiere no existir, esconderse y disimular. Ser nadie o nada es ser persona para él, en un apartarse de la tribu, aquí identificada con familia y escuela Su estado anterior y virginal debe ser recuperado y entrar no en un grupo, sino en la “invisibilidad estructural” (Turner, 1988: 50). Apartado de todo y de todos, evita la infelicidad al situarse al margen, lejos de cualquier pacto interpersonal y social. No piensa en propuestas alternativas, queda instalado en su limen para ser todo él, contra todos y contra sí mismo.

Ese dar un sentido a la experiencia, como Bernhard en su autobiografía, es para Geertz y muchos etnólogos una necesidad “tan apremiante y real como las más familiares necesidades biológicas” (Geertz, 1989: 129). Y estos libros están atravesados por un lamento hiperbólico, testimonio de una salida falsa a escena, cuyo trasunto real es una sociedad hipócrita donde “es imposible vivir y ser persona” (*El sótano*, p. 105). En esa búsqueda del paraíso, mito del origen por excelencia, encontramos al doble o narrador de Bernhard arañando sombras.

### Referencias bibliográficas

- AUGÉ, Marc (1994). *Pour une Anthropologie des mondes contemporains*, Paris: Flammarion.
- AUGÉ, Marc (1998). *Las formas del olvido*, Barcelona: Gedisa.
- BERNHARD, Thomas (1987). *El origen*, Barcelona: Anagrama.
- BERNHARD, Thomas (1989). *El sótano*, Barcelona: Anagrama.
- BERNHARD, Thomas (1991). *El aliento*, Barcelona: Anagrama.
- GEERTZ, Clifford (1989). *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa.
- MARÍAS, Javier (1996). «La farsa de la desesperación», *Babelia (El País)*, 11 de mayo: 9.
- SPARIOSU, Mihai I. (1992). «Play, liminality and literary discourse», *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, n.º 3, 171-192.
- SUBIRATS, Eduardo (1986). *Formas de la conciencia desdichada*, Madrid: Taurus.
- TURNER, Victor (1988). *La selva de los símbolos*, Madrid: Siglo XXI.
- VAN GENNEP, Arnold (1986). *Los ritos de paso*, Madrid: Taurus.
- VILA-MATAS, Enrique (2018). *Impón tu suerte*, Madrid: Círculo de tiza.